

BAUDELAIRE. POETA HUMANO

“En todo hombre existen siempre, dos postulaciones simultáneas: una hacia Dios, otra hacia Satán”.

Es el desarrollo de ese drama, profundamente humano, el que Baudelaire nos ofrece en sus “Flores del Mal”. Esta obra, erróneamente interpretada por algunos, admirada sin reservas por otros, combatida, discutida, ha creado —según Víctor Hugo— un nuevo tipo de emoción, y puede ser considerada, de acuerdo con la opinión de G. de Reynold, como la “Divina Comedia” del hombre moderno.

Baudelaire puso en ella su corazón, su ternura, su rencor, sus preferencias, sus antipatías, su religión, es decir, todas las emociones y todos los sentimientos que el hombre puede experimentar.

La emoción nace de lo más profundo del ser humano, y por eso, precisamente, la poesía baudeleriana no envejecerá jamás. Por otra parte, no se trata de la poesía personal, a la manera de los románticos de 1830; no se trata solamente del drama de Carlos Baudelaire, sino del drama del Hombre, que se debate entre la realidad y el sueño, del hombre encadenado a la materia y sediento de Ideal, del hombre que quiere descifrar el misterio de su destino.

Andrés Suarès considera a Baudelaire como “el poeta del combate contra lo desconocido”. El autor de “Las flores del mal”

ha dicho que si la verdad existe, está en un mundo ignoto. El artista debe partir al encuentro de ese mundo; he ahí la tarea que se ha impuesto como poeta.

Vivió una existencia atormentada, ardiente, profunda; gozó mucho y sufrió más aún. No fué nunca frívolo ni indiferente; sus ideas y sus sentimientos pueden ser juzgados de manera muy diversa, pero nadie puede negarle sinceridad. Esa franqueza, tan suya, fué, quizás, la que hizo que fuese combatido, escarnecido, perseguido. En general, los lectores prefieren a los escritores que velan los hechos, que los atenúan, que ofrecen imágenes embellecidas de la realidad. Baudelaire, al contrario, no nos permite ninguna ilusión; quiere que tengamos plena conciencia de la realidad, que seamos capaces de regular nuestra conducta frente a la vida; quiere hacernos conocer nuestro corazón y es, en realidad, la imagen completa de nuestra alma la que nos ofrece al describir con crudeza sus diversos amores.

A través de "Las flores del mal" podemos seguir el itinerario de su vida moral. En la primera parte, "Spleen et Ideal", el poeta se muestra tal como es en la vida real. Se siente atraído por el arte, la belleza, el amor; es decir, son sentimientos nobles los que lo reclaman. Pero sufre muchas desilusiones, no puede alcanzar la felicidad anhelada; un tedio terrible lo invade y se entrega sin lucha, sin resistencia. Después trata de liberarse, de salir de ese estado atroz en que se encuentra.

En la segunda parte de la obra, "Cuadros parisienses", considera la sociedad que lo rodea y no encuentra más que miseria y libertinaje. El poeta ha sabido ver, ha sentido el alma de París. Con el propósito de olvidar esa realidad violenta y atormentadora y de huir de su angustia interior, va en busca de "Los paraísos artificiales": el vino, el opio, el "haschich", que no le proporcionan ningún consuelo, ningún alivio.

El ciclo siguiente, llamado "Las flores del mal", nos ofrece la pintura del vicio en todos sus aspectos. El hombre, que ha sucumbido a la tentación, está desesperado y blasfema. Se rebeló contra el destino e invoca a Satán, espíritu del mal, que es incapaz de apiadarse de los idealistas. A partir de este momento, su alma conoce lo insustancial de las cosas humanas, como su corazón conoce ya el vacío que deja, a veces, el amor. Finalmente, hastiado de todo, cree ver en la muerte la única tabla de salvación en la peregrinación terrena del hombre. Considera a

la muerte de dos maneras distintas: a veces la teme, porque produce el aniquilamiento; otras veces la desea, porque es la redentora que le permitirá conocer un mundo mejor.

Como puede verse, el drama de Carlos Baudelaire es también nuestro drama. La sagacidad del poeta penetra en lo más profundo del alma humana, para extraer "todo lo que, por miedo o por pudor, calla el hombre civilizado de las grandes ciudades", ha dicho el profesor R. Jasinski.

Baudelaire mira, observa su mundo con pasión y le comprende. En él, todo pasa a través del filtro de su fina sensibilidad, pero el espíritu está siempre presente. Se muestra apasionado en todo momento; sentimental, jamás.

A pesar de su aparente desprecio por el vulgo, se interesa por las penas de los desgraciados y les prodiga su ternura. En su poema "El cisne", dedicado a Víctor Hugo, nos habla de los seres que gozan de sus simpatías, de su consideración:

"Je pense...

A quinconque a perdu ce qui ne se retrouve jamais!
A ceux qui s'abreuvent de pleurs et tettent la Douleur
comme une bonne louve!

Aux maigres orphelins séchant coamme des fleurs
...Je pense aux matelots oubliés dans une île,
Aux captifs, aux vaincus..., à d'autres encore."

Pienso...

¡En los que han perdido lo que no se recupera jamás!
¡En los que abreven su sed con lágrimas, y apuran el dolor
como una buena loba!

En los pobres huérfanos que se marchitan como flores
...Pienso en los marineros olvidados en una isla
en los cautivos, en los vencidos, y en tantos otros.

(Traducción libre)

A esta actitud espiritual corresponden los poemas: "La muerte de los pobres" y "La sirvienta de gran corazón".

El poeta quiere animar al hombre hastiado de todo lo vulgar, lo efímero, lo humano; le propone entonces el consuelo del arte, que tiene valor permanente, eterno.

En sus composiciones "Hymne à la Beauté" y "Que diras-tu ce soir", hace el elogio de la belleza artística, que puede confortar al hombre y hacer su vida más llevadera.

Que tu viennes du ciel ou de l'enfer, qu'importe,
 O Beauté!, monstre énorme, effrayant, ingénu,
 Si ton oeil, ton souris, ton pied, m'ouvrent la porte
 D'un infini que j'aime et n'ai jamais connu?
 De Satan ou de Dieu, qu'importe? Ange ou Sirène,
 Qu'importe si tu rendas...
 L'Univers moins hideux et les instants moins lourds?
 Que vengas del cielo o del infierno, ¿qué importa?
 Oh, Belleza!, monstruo enorme, temible, ingenuo.
 ¿Si tu mirada, tu sonrisa, tu pie, me abren la puerta
 De un infinito que amo y que nunca conocí?
 De Satán o de Dios, ¿qué importa? Ángel o Sirena,
 ¿Qué importa, si tú haces...
 Que el Universo sea menos horrible y los instantes más
[soportables?

(Himno a la Belleza)

Teófilo Gautier ha expresado así su opinión sobre este aspecto de Baudelaire: "Este poeta que se pretende presentar como un ser satánico, enamorado del mal..., profesaba en su más alto grado el amor al Bien y el culto de la Belleza" — y notemos que Gautier conocía muy bien a Baudelaire; es a él, a su querido y venerado Maestro y amigo, a quien el gran poeta dedica "Las flores del mal".

Baudelaire es un poeta realista, porque ha buscado en las profundidades de la naturaleza y en la vida, la sustancia para sus poemas, pero esa realidad, en él, está siempre imbuída de idealismo.

"Todo lo real, antes de transformarse en ideal, ha pasado por el corazón, en forma de sufrimiento". Es allí donde la realidad se transfigura y adquiere la apariencia ideal que el arte nos muestra. Esta es, quizá, la idea capital de sus poemas "El alba espiritual" y "Los faros".

Quand chez les débauchés l'aube blanche et vermeille
 Entre en société de l'Idéal rongeur
 Par l'opération d'un mystère vengeur
 Dans la brute assoupie, un Ange se réveille.
 Cuando, entre los libertinos, el alba blanca y bermeja
 Se asocia al ideal que remuerde
 Por obra de un misterio vengador
 En la bestia adormecida, un ángel se despierta.

El alba espiritual)

Según Baudelaire, el arte espiritualiza, no el esfuerzo hacia la eternidad, sino, la languidez, la saciedad, la lasitud del tedio moderno, los impulsos nostálgicos, los oscuros deseos. De ahí nace una belleza ardiente y triste, ideal y atormentada.

Baudelaire fué un visionario: buscó más allá de las apariencias de las cosas, su sentido profundo y su razón de ser. Para él, como para Suarès, el arte y la religión son triunfos espirituales. Practicó la religión y el culto de lo bello, de esa belleza que sentía dentro de sí y que trató de comunicarnos en forma convincente e impecable. Pero esa búsqueda incansable de la perfección artística es, en Baudelaire, inseparable de la preocupación constante por el destino del hombre, por el sentido de la vida.

Además del paraíso del arte y de la belleza, nuestro poeta aspira al del amor. Su ideal es el triunfo del espíritu sobre la materia. Esta aspiración, que no pudo realizar en su vida, la realizó en su obra poética. No vivió, como Verlaine, dos existencias paralelas: una, moral; otra, al margen de la sociedad. “Estuvo toda su vida aprisionado por el bien y el mal y debió elegir a cada instante”, observa M. Massis. Dos mujeres que amó mucho representan estas dos tendencias: la señora Sabatier y Juana Duval. La primera era “el ángel guardián, la Musa”; era la mujer espiritual, delicada, que satisfacía su ansia de cariño. Fué durante largo tiempo su refugio, su ideal. La segunda, Juana Duval, satisfacía su sensualidad. Ejerció gran influjo sobre el poeta, porque encarnaba su ideal del momento: “su ideal, hecho de belleza, de indiferencia y de exotismo”. La amante negra — que inspirara al poeta muchos de sus poemas — (Les Bijoux, Le Vampire, Le Léthé, Le Chat) favoreció su libertinaje, sin advertir que ese libertinaje era completamente cerebral. Para caracterizar la concepción del amor en la poesía baudelariana, vamos a emplear las palabras de Paul Bourget: (esa concepción) “es mística, libertina y analista”.

El amor era para el poeta un capricho, una experiencia. Esta concepción responde a su “dandysmo”: no quería, en ningún momento, perder el dominio de sí mismo, su lucidez.

El amor sensual, tenía, para él, poder nefasto:

“Amor, azote del mundo, abominable locura”

Baudelaire, que al principio rechazó al demonio de la carne, lo acoge en su imaginación y lo celebra. Para él, el Maligno

representa a la Naturaleza, que se burla de nuestro propósito de prudencia y de nuestras resoluciones más firmes. No se la puede afrontar abiertamente sin que nos venza. Conviene, entonces, simular que se la sigue, embriagándose con el encanto de las palabras, y prolongar así la ilusión y el deslumbramiento. Para esto cuenta el poeta con su imaginación, que es insaciable.

No encontró en el amor de Juana Duval ni la paz ni la felicidad que anhelaba y que presentía debía existir en el amor.

La realidad ya no le satisface y experimenta un terrible hastío.

La conciencia, que permanece alerta en medio del tumulto de las pasiones, le permite analizarse. En vez de ser actor inconsciente, el hombre se transforma en testigo lúcido.

Advierte que ese amor infernal lo arrastra al abismo, y reacciona. Aspira al amor puro, capaz de satisfacer su ideal, y cree encontrarlo en Madame Sabatier. Ella poseía una belleza serena, clásica; una educación esmerada, una elegancia refinada y una inteligencia despierta. El poeta podía, pues, realizar su sueño, pero su tendencia analista se lo impidió. Procede a la manera del fisiólogo, que explora el cuerpo humano para conocer el funcionamiento de los órganos; estudia minuciosamente cada reacción, cada actitud; realiza una verdadera vivisección del sentimiento, para descubrir el "mecanismo" del alma y nuestra esencia espiritual.

La experiencia amorosa con Mme. Sabatier le sirvió al poeta para escapar del infierno que conoció con Juana Duval y para considerar el sufrimiento como el medio más eficaz para alcanzar el paraíso intuído.

Desde este instante comienza la evolución espiritual de Baudelaire.

Toda su obra poética trasunta el deseo de ennoblecer aun las cosas más viles.

Si reelexmos "El vino de los traperos", coincidiremos con Anatole France, que ha dicho: "Él (Baudelaire), ha mostrado lo que hay de noble en un traperero ebrio".

No es difícil notar que en la mayoría de sus poemas hay algo muy puro: la exaltación del ideal.

En el “Soneto de otoño”, dice:

Amémonos suavemente, tranquilamente
dirigiéndose a su ángel bueno. Y en “Reversibilidad”:
Mais de toi je n’implore, ange, que tes prières,
... Ange plein de bonheur, de joie et de lumières!
Pero de ti, ángel, no imploro más que tus plegarias,
... ¡Ángel pleno de felicidad, de alegría, de luz!

Insiste en la aspiración al amor ideal en “Que dirás — tu ce soir?”:

“Sa chair spirituelle a le parfum des anges,
Et son oeil nous revêt d’un habit de clarté”.
Su carne espiritual tiene el perfume de los ángeles
Y su mirada nos envuelve en un manto de claridad.

El poeta continúa su ascensión, guiado por el “Flambeau vivant”:

“Ils conduisent mes pas dans la route du Beau”
Ellos conducen mis pasos por la ruta de lo Bello

Interroga a su amada, y le propone ir juntos al país del ensueño:

Comme vous êtes loin, paradis parfumé
Où tout ce que l’on aime est digne d’être aimé,
Où dans la volupté pure, le coeur se noie!
¡Qué lejos estás, paraíso perfumado
.....
Donde todo lo que se ama es digno de ser amado
Donde el corazón se entrega a la voluptuosidad pura!

(Moesta et errabunda)

Mon enfant, ma soeur,
Songe à la douceur
D’aller là bas vivre ensemble!
Aimer à loisir
Aimer et mourir
Au pays qui te ressemble!
Mi niña, mi hermana,
¡Piensa en la dulzura
de vivir allá, juntos!

¡Amar a voluntad
Amar y morir
En un país que se te asemeja!

(Invitation au voyage)

Como su amada acepta la invitación, el corazón del poeta desborda de alegría, de agradecimiento. Baudelaire ha expresado estos sentimientos en el "Himno":

A la très chère, à la très belle
Qui remplit mon coeur de clarté
À l'Ange, à l'idole immortelle
Salut en immortalité!
Elle se répand dans ma vie
Comme un air impregné de sel,
Et dans mon âme inassouvie,
verse le goût de l'éternel.
A la muy querida, a la muy bella
Que llena mi corazón de claridad
¡Al Ángel, al ídolo inmortal!
¡Salud en la inmortalidad!
Ella penetra en mi vida
Como un aire impregnado de sal,
Y en mi alma insaciable
Vierte el deseo de lo eterno.

(Traducción libre)

Desde este momento, el poeta goza de calma y recogimiento.

Recueillement:

Sois sage. O ma deuleur, et tiens toi plus tranquille

Tu réclamais le Soir; il descend; le voici...

Recogimiento:

"Sé juicioso, dolor mío, y manténete tranquilo

Reclamabas la noche; ya descende; hela ahí..."

Purificado por el amor y el sufrimiento, Baudelaire evoluciona hacia el misticismo. Escribe en su diario íntimo:

"Le goût du plaisir nous attache au présent. Le soin de notre salut nous suspend à l'avenir... Connais donc les jouis-

sances d'une vie âpre, et prie, prie sans cesse. La prière est un réservoir de force”.

Él también elevó su plegaria: “Y tú, Señor, Dios mío, acuérdate la gracia de componer algunos versos bellos que me prueben que no soy el último de los hombres, ni inferior a quienes desprecio”.

Su deseo se realizó: escribió versos magníficos y fué el primero que valorizó las correspondencias. “Los perfumes, los colores y los sonidos se corresponden”. Destacó también que no puede haber verdadera poesía ni verdadera música sin una emoción profunda. Su poema en verso es el equivalente del poema sinfónico, y en casi todos aparece el tema de la evasión y del destino humano. Ese tema está estrechamente vinculado con el problema religioso. ¿Cómo lo resuelve Baudelaire? Según G. de Reynold, como católico.

En una carta enviada a su madre el 1º de abril de 1861, dice el poeta, respecto de un sacerdote que creía que había influído desfavorablemente hacia él: “Enfin, il n'a pas même compris que le livre partait d'une idée catholique”. Se refería a “Las flores del mal”.

Carlos Du Bos nos dice en sus “Aproximaciones”: “Este genio (Baudelaire) no puede existir sin la concepción de Dios, el que más que objeto de fe, es receptáculo de plegarias”. Tal el sentido del poema titulado “Lo imprevisto”. Baudelaire, como tantos poetas angustiados, busca en la religión, una explicación al misterioso dualismo del hombre; desea una religión “capaz de compensar toda la maldad de la vida”. Así llega a Dios, después de un largo y doloroso peregrinaje. Sufre, como el hombre de nuestra época, porque no logra encontrarle a la vida un sentido que le satisfaga. Ha probado todos los goces materiales, ha recurrido a los “Paraísos artificiales”; ha adoptado diversas actitudes frente a la existencia humana, y está decepcionado, sintiéndose insatisfecho, pues no puede aceptarla tal como es, ni tampoco sustraerse a ella. Ha buscado incansable y ansiosamente la perfección, y sólo la ha hallado en el dominio del arte. Ha experimentado la vacuidad de las cosas humanas; teme el aniquilamiento total; busca consuelo: lo encuentra en la plegaria. “Je souffre — écris — je suis malheureux par la faute des hommes et de la vie, mais aussi par la mienne; ...de l'amour charnel il ne m'est resté que néant et dégoût, et pourtant je

sens... au fond de ma misère une grandeur inconnue; j'ai la conscience de mon génie... je retrouve dans mon génie l'aspiration au bien, l'élan vers une existence nouvelle".

Si reeamos la obra de Baudelaire, constataremos que, con frecuencia, habla de Dios, tal como alguien que no duda de su existencia.

En la tercera versión del prefacio para la segunda edición de "Las flores del mal", se expresa así: "...es más difícil amar a Dios, que creer en él. Al contrario, es más difícil para la gente de este siglo creer en el diablo, que amarlo". En tal situación hallóse el poeta durante largos años.

Opina que todo lo creado tiene una finalidad, un destino. El hombre ignora el suyo, que ha sido determinado por alguien más sabio, por un ser cuya naturaleza difiere de la humana. Es por lo tanto necesario rogar a ese ser para que nos ilumine y podamos descubrir el sentido de la vida.

En sus poemas nos habla de las "gracias" concedidas al hombre por una mano milagrosa.

Por otra parte, para rebelarse contra Dios ("La negación de San Pedro", "Las letanías de Satán", "Abel y Caín"), es necesario creer en su existencia.

En "Mon coeur mis à nu" ha expresado así su opinión: "La plegaria es un receptáculo de fuerza. Hay en la plegaria una operación mágica... es una de las grandes fuerzas del dinamismo intelectual".

E. Reynold, que ha estudiado tan bien a Baudelaire, opina que el dogma del pecado original constituye el centro de la moral y de la estética baudelerianas. Se encuentra en ellas el relato del génesis: la serpiente, Eva; Adán, débil y caído, a merced del mal, víctima de la lucha entre Dios y Satán. ("Le serpent qui danse", "Tu mettrais l'univers dans ta ruelle", "Tout entière", "L'irréparable", "La destruction").

Baudelaire conoce las terribles consecuencias espirituales que produce el éxtasis satánico. Sabe que no encontrará en él salvación ni redención, pero no puede sustraerse a la contradicción eterna de ser solicitado a la vez por su naturaleza, que lo arrastra hacia el mal, y por su espíritu, que aspira a la perfección.

En medio de su falta, brilla una luz ante los ojos del poeta:

Un phare ironique, infernal,
Flambeau des grâces sataniques
La conscience dans le mal.

(L'Irrémédiable)

Un faro irónico, infernal
Antorcha de las gracias satánicas
La conciencia del mal.

Sartre ha estudiado esta faz del sufrimiento; para él, el castigo más terrible que se impone el poeta, es la lucidez. Su tormento es el de Wagner, y el de toda su generación. El célebre compositor alemán crea el sueño del amor absoluto en la muerte y en el dolor. Baudelaire experimenta una inquietud más terrible, porque es creyente; tiene conciencia del pecado y conoce el remordimiento.

Para Pablo Claudel, “Baudelaire ha cantado la única pasión que el siglo XIX podía sentir con sinceridad: el remordimiento”.

Durante su estada en Bélgica, nuestro poeta sigue escribiendo su diario íntimo, y sus notas producen la impresión de alguien que se prepara para una confesión final.

El profesor belga G. de Reynold lo ha juzgado así: “Baudelaire no fué un santo, ni un verdadero converso; fué el hombre del pecado, el hombre que cae, lucha, se levanta, vuelve a caer, espera, adopta resoluciones, sufre, ruega”.

En el poema “Bendición”, Baudelaire nos muestra el sentido de la vida cristiana, la justificación del sufrimiento:

Soyez béni, mon Dieu, qui donnez la souffrance
Comme un divin remède à nos impuretés.

(Bénédition)

Bendito seas, Dios mío, que nos das el sufrimiento
Como un remedio divino a nuestras impurezas.

Insiste en la misma idea en la composición “Lo imprevisto”:

...Que béni soit ton fouet
Seigneur! que la douleur, ô Père, soit bénie!
...¡Bendito sea tu látigo,
Señor! ¡Oh! ¡Padre! bendito sea el dolor.

En su debilidad humana, implora la fuerza de voluntad y el valor:

Ah!, Seigneur, donnez moi la force et le courage
De contempler mon coeur et mon corps sans dégoût!

(Un voyage a Cythere)

¡Ah! ¡Señor! Concédeme la fuerza y el valor
Para contemplar, sin asco, mi corazón y mi cuerpo.

En “L’Examen de minuit”, hace un verdadero examen de conciencia:

Nous avons blasphémé Jésus
Des Dieux le plus incontestable

.....

Nous avons

Baisé la stupide Mathière.

El poema “Qui n’a gémi”, escrito en 1852, pero publicado en 1892, después de la muerte de Baudelaire, puede considerarse como la etapa final de su evolución espiritual. Dice así:

Alors, alors, el faut s’entourer de mystère,
Se fermer aux regards, et sans morgue et sans fiel,
Sans dire à ses voisins: “Je n’aime que le ciel”,
Dire à Dieu: “*Consolez mon âme de la terre*”.

La obra de Baudelaire representa intensa y esencialmente al hombre actual, tal como lo han hecho los refinamientos de una civilización excesiva, al hombre moderno con sus sentidos agudizados y con su espíritu dolorosamente sutil — como dijera Verlaine.

Esta obra que resiste al tiempo, perdurará siempre vívida, porque el poeta la ha construido al margen del tiempo, sobre los cimientos eternos del arte: el alma humana.

T. BERENICE LYNCH DE ISLA